



Clementina

LA ESPOSA RESIGNADA.



He tenido ocasion muchas veces de observar la fortaleza con que las mugeres soportan los mas crueles reveses de la fortuna. Aquellos desastres que abaten el espíritu del hombre hasta confundirle en el polvo, concentran toda la energía del seco débil, y dan tal intrepidez y elevacion á su carácter, que á veces toca á lo sublime. Nada puede conmover mas que observar una tierna y delicada muger, débil y obediente, sensible á las incomodidades mas penosas, miéntras goza de la vida en el seno de la prosperidad, cobrar de pronto gran fuerza mental para ser el consuelo y el sostén de su marido en la desgracia, y afrontar con inalterable firmeza los mas rudos golpes de la adversidad.

Así como la vid que ha enlazado su gracioso follage al rededor del olmo que la levantó á la luz del sol,

cuando la dura planta es derribada por el rayo, la cubre con sus tiernos vástagos, así la muger (por una sábia disposicion de la Providencia), que en los momentos de mayor felicidad del hombre no viene á ser sino su adorno, se convierte en su apoyo y consuelo cuando aquel es sorprendido por la calamidad, sacando fuerzas de su misma debilidad para sostener su abatida cabeza y vendar la herida de su corazon.

Cierta vez me congratulaba con un amigo que tenia una excelente familia, cuyos individuos estaban todos unidos por el mas tierno afecto.

—No puedo desearos mejor suerte—dijo él con entusiasmo—que tener esposa é hijos. Si sois feliz, tendréis con quien dividir vuestra prosperidad; si por el contrario, sois desgraciado, encontraréis un dulce consuelo.

Y en verdad he observado que un hombre casado, en la desgracia es mas capaz de recobrar su antigua posicion en el mundo, que un soltero: en parte, porque las necesidades de los séres desamparados y queridos, á cuya subsistencia tiene que proveer, lo estimulan á hacer grandes esfuerzos; pero principalmente porque los goces domésticos halagan y alivian su espíritu, y él conserva su propia consideracion al ver que, aunque fuera de casa todo es humillacion y envilecimiento, le queda aún dentro de ella un mundo pequeño de amor, del que él es el monarca; miéntras que el hombre solo es capaz de apresurar su propia desgracia, imaginándose aislado, quedando su corazon triste como una mansion desierta.

Estas observaciones trajeron á mi memoria una pequeña historia, de que fuí testigo una vez. Mi íntimo amigo

L*** se habia casado con una jóven hermosa y bien educada, aunque su vida habia pasado en medio del gran mundo. Cierta es que ella no tenia grandes bienes de fortuna, pero los de mi amigo eran sobrados, y él se deleitaba en anticiparle sus menores deseos; en satisfacer todos aquellos gustos y caprichos delicados que caracterizan al bello seco: así, su vida pasará como uno de esos cuentos brillantes del Oriente.

La diferencia de su carácter producía una admirable combinacion; él era melancólico, miéntras ella respiraba vida y alegría. Muchas veces he observado el mudo éstasis con que él la miraba cuando estaba en medio de esa sociedad, cuyas delicias formaba con su talento brillante; y he visto cómo en medio de los aplausos los ojos de la jóven buscaban á su esposo, como si en mirarlo encontrase felicidad. Parece que ella en sus miradas queria espresar la mas dulce ternura; parece que intentaba inspirarle la grata confianza de que si se viese caído en la adversidad, tendria el consuelo de su amor. Jamas una pareja holló la senda florida de un temprano y bien arreglado matrimonio, con un mas hermoso porvenir de felicidad. No obstante, la desgracia de mi amigo fué haber comprometido sus bienes en vastas especulaciones; y hacia pocos meses que se habia casado, cuando una série de repentinos desastres lo envolvió en la desgracia, y se encontró reducido á la miseria. Por algun tiempo ocultó su situacion, y vagaba con el semblante sombrío y el corazon destrozado. Su vida

no era sino una prolongada agonía; y lo que se le hacía mas insoportable era la necesidad de sonreír en la presencia de su esposa, porque él no podía resolverse á hacerle la triste revelacion. Ella veía, no obstante, con los investigadores ojos del afecto, que él sufría; notaba, ademas, la alteracion de sus miradas; sus suspiros comprimidos, y su forzada é intempestiva alegría no la engañaban: ella empleaba todo su poder y su ternura para atraerlo á la felicidad, pero con esto solo conseguía clavar mas hondamente en su alma el dardo de su dolor. Mientras mas motivos para amarla le daba ella, mas le atormentaba á él pensar que pronto la haria infeliz.

—Un solo momento,—decía—bastará para que su sonrisa desaparezca; para que el canto espire entre sus labios; para que el pesar empañe el brillo de aquellos ojos; para que el corazon feliz que ahora palpita contento en aquel seno, sea abrumado como el mío por los cuidados y miserias del mundo.

Por último, se dirigió á mí un día, y me reveló su estado con el tono de la mas profunda desesperacion; despues de haberle oido, le pregunté:

—¿Y vuestra esposa sabe todo esto?

A tal pregunta se deshizo en un mar de lágrimas.

—¡Por Dios!—esclamó;—si me teneis alguna lástima, no me nombreis á mi esposa, pues solo de pensar en ella quisiera volverme loco.

—¿Y por qué no?—dije yo;—debe saberlo tarde ó temprano; no podreis ocultarlo mucho tiempo, y tal vez lo sabrá de una manera mas terrible que si vos

mismo se lo comunicáseis, porque el acento de los que amamos, alivia las mas duras nuevas. Por otra parte, no

solo os privais de los consuelos de su amor, sino que tambien poneis en peligro el único lazo que puede mantener los corazones unidos, que es esa franca comunidad de ideas y sentimientos. Pronto conocerá ella que algun secreto pesar os devora, y el verdadero amor no sufre reservas, y se siente menospreciado y ultrajado cuando los pesares de los que amamos se le ocultan.

—¡Ay, amigo mio! ¡cómo me atormenta pensar que voy á desvanecer las esperanzas de su porvenir! ¡Cómo voy á arrancar las ilusiones de su alma, diciéndola que su marido es un miserable, que tendrá que despedirse de la vida elegante y de todos los placeres de la sociedad, para hundirse conmigo en la oscuridad y la indigencia; á decirle que la he hecho descender de la esfera, en la que habria continuado brillando y siendo la alegría y la admiracion de todos? ¡Cómo podrá soportar la pobreza, cuando ha sido educada en medio de la mas grande opulencia? ¡Cómo soportará el desprecio, cuando ha sido el ídolo de la sociedad? ¡Oh! esto despedazaría su corazon; sí, despedazaría su corazon!

Yo ví que su pesar era profundo, y lo dejé desahogarse, porque las quejas mitigan los pesares. Cuando la fuerza de su dolor se hubo calmado, y él volvió á caer en sombrío silencio, volví á tocar la materia ligeramente, y le insté

para que revelase su situación á su esposa. El movió la cabeza tristemente, pero con resolución.

—Pero, ¿cómo podréis ocultárselo? Es necesario que ella lo sepa, para que podáis tomar las medidas que exige el cambio de vuestras circunstancias; debéis mudar de modo de vivir. Estoy seguro de que jamas habeis cifrado vuestra felicidad en esterioridades; tenéis á un amigo, y amigos sinceros que no os verán mal porque vivais menos espléndidamente, y os aseguro que para ser feliz con Clementina no se necesita un palacio.

—¡Yo podría ser feliz con ella—esclamó convulsivamente—en una choza! Podría descender con ella hasta la pobreza y la miseria; podría... podría... pero Dios la guarde—dijo estallando en una demostración de pesar y de ternura.

—Creedme, amigo mio,—le dije deteniéndole y tomándole afectuosamente de la mano;—creedme, ella puede ser la misma con vos, y aún mas todavía; esto será para ella un motivo de orgullo y de triunfo, y concentrará toda la energía oculta y la ardiente simpatía de su naturaleza, porque ella se alegrará de probar que os ama por vos mismo. Hay en el corazón

de la muger una chispa de fuego celeste, que permanece como apagada mientras dura el gran día de prosperidad; pero que se enciende y brilla, y se inflama al acercarse la hora tenebrosa de la adversidad. Ningun hombre es capaz de saber lo que es su esposa; ninguno conoce que es un ángel de consuelo, sino hasta que ha pasado con ella las terribles penas de este mundo.

Habia algo en mi espíritu y en el estilo figurado de mi lenguaje, que sorprendió la ecsaltada imaginación de L.*** Supe entonces á qué atenerme, y siguiendo la impresión que habia causado, acabé por persuadirle á que fuese á su casa á desahogar su corazón lastimado en el seno de su esposa.

Debo confesar que, no obstante todo lo que yo había dicho, abrigaba algunas sospechas respecto al resultado que mi consejo tendría. ¿Quién puede formar cálculo sobre la fortaleza de una persona, que ha pasado toda su vida en medio de los placeres? Su ánimo alegre se revelará al observar la senda humilde que repentinamente se abre ante ella, y la perseguirá la imágen de las brillantes regiones, en las que otras veces se embriagó de contento. Por otra parte, la miseria, despues de haber gozado de la vida elegante, va acompañada de bien duras mortificaciones, que son estrañas á los otros rangos. Por fin, al día siguiente no pude encontrar á L.*** sin estremecerme. El me dirigió primero la palabra.

—Y bien, le dije, ¿cómo la recibió?

—Como un ángel; no parecía sino que era mas bien un consuelo á su espíritu, porque me echó los brazos